

LUZ EN LA BOCA
(poética de lo visionario en Vicente Aleixandre)

Luis Bravo

Texto escrito especialmente para la conferencia-homenaje al poeta Vicente Aleixandre, realizada con motivo del centenario de su nacimiento (1898-1998) organizada por el Departamento de Letras del Ministerio de Educación y Cultura, el día 30 de Setiembre de 1998.

COMO MOISÉS ES EL VIEJO

Como Moisés en lo alto del monte.

Cada hombre puede ser aquél
y mover la palabra y alzar los brazos
y sentir cómo barre la luz de su rostro,
el polvo viejo de los caminos.

Porque allí está la puesta.
Mira hacia atrás: el alba.
Adelante: más sombras. ¡Y apuntaban las luces!
Y él agita los brazos y proclama la vida,
desde su muerte a solas.

Porque como Moisés, muere.
No con las tablas vanas y el punzón, y el rayo en las alturas,
sino rotos los textos en la tierra, ardidos
los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,
y aún aliento en los ojos, y en el pulmón la llama,
y en la boca la luz.

Para morir basta un ocaso.
Una porción de sombra en la raya del horizonte.
Un hormigear de juventudes, esperanzas, voces.
Y allá la sucesión, la tierra: el límite.
Lo que verán los otros.

Vicente Aleixandre
(De **Poemas de la Consumación**, 1968)

Vicente Aleixandre escribe los textos del libro *Poemas de la consumación* (Plaza & Janés, Madrid, 1968) entre 1963-1966, y dedica la primera parte del mismo a lo que, en conversación con José Luis Cano ⁽¹⁾, denomina “*la visión del viejo, en su presencia, desde dentro*”. El poema del cual partimos, “*Como Moisés es el viejo*”, fue escrito, según cronología exhaustiva de Carlos Bousoño ⁽²⁾ el 21 de agosto de 1965, a sus sesenta y siete años.

El tema de las edades límite (infancia-senectud) recorre toda su obra, apareciendo en forma contundente en *Historia del Corazón* (1945-1953). Es justamente en esa obra de posguerra donde Bousoño señala, en la trayectoria aleixandriana, el pasaje del “poeta-cósmico”, al del poeta cuya ocupación es “el vivir del hombre”, y agrega: “*el vivir del propio poeta (...) pero también, y quizá sobre todo, el vivir de la indefensa criatura humana, el vivir de la inmensa criatura a la que llamamos humanidad*” ⁽³⁾. Si bien la obra en conjunto de Aleixandre se inscribe naturalmente en la camada de la Generación del 27, caracterizada por una línea denominada “visionaria”, en esta etapa de su poética aparece con bastante frecuencia el tratamiento, siempre muy personal, de un tópico considerado clásico, el “*fugit irreparabile tempus*” de la poesía greco-latina. No es este, sin embargo, el único asunto que atraviesa el poema en cuestión, ni el que más nos interesa, sino otro que deviene como “transparencia” en el texto y que puede hacerse visible una vez que se decodifican determinados significados, que, a la manera simbolista, el poeta prefirió dejar en la sombra. Se trata de una reflexión metapoética, camuflada o en transparencia, en torno a la escritura y a quien la ejerce. El propósito es señalar en la misma algo más que una estética, sino una ética relativa al lugar que Aleixandre adjudica al poeta en el mundo y, acaso, es también, la actitud con la que él quisiera dejar sus poemas en la vida.

En torno a este mismo tema es posible establecer un acercamiento comparativo con un poema escrito en 1941, titulado “El Poeta” publicado en el libro *Sombra del Paraíso* (1939-1943), que permite señalar analogías y desplazamientos que se operan de un texto a otro, en un período que abarca veintitrés años de distancia.

“Como Moisés es el viejo”, ya desde su título, que funciona como un primer verso, pone en evidencia el valor bisémico de la “consumación”, que da título a la obra. Si nos remitimos a la figura de “el viejo”, el término “consumación” adopta un valor negativo, de “*extinción o acabamiento*” del ciclo vital. Pero si nos detenemos en el siguiente verso (“Como Moisés en lo alto del monte”) el término se orienta a un valor de signo positivo, remitiendo al efecto de “consumar”,

en tanto “*redención del género humano*”, o, en otra acepción, la de “*dar cumplimiento a un contrato (...) que ya era perfecto*”⁽⁴⁾. Cualquiera de esta dos últimas acepciones se vincula coherentemente con la figura del profeta que en lo alto del Monte Sinaí sellara el cumplimiento de una “alianza” o “contrato” con un Dios que, en su evolución teológica, ya aspiraba a la perfección y al bien de la comunidad, en este caso la hebrea, que representa al pueblo elegido.

Este verso, aislado como una estrofa, con el subrayado denotativo de “*en lo alto del monte*”, muestra al Moisés-histórico en el momento crucial (otra variante a subrayar de la “consumación”) de su tránsito hacia el Moisés-místico, que en la soledad y retiro del monte, recibe el mensaje de Dios y, por primera vez, lo inscribe. En tal sentido, la referencia intertextual con el Antiguo Testamento se hace imprescindible. Hasta su cuarentena en el Sinaí, Moisés ha sido en lo político, el líder o libertador de las comunidades hebreas, sujetas al yugo esclavista egipcio. Es quien ha devuelto la dignidad a la primera alianza de una tradición comenzada con Abraham. Ya en el desierto, su lucha será más ambiciosa. No solo irá en busca de hacer efectivo el contrato *fidelidad-tierra prometida*, sino que también su objetivo tendrá horizontes de más largo aliento. Intentará desplazar la monolatría fetichista en favor de un monoteísmo al que se agrega un *desideratum* ético de convivencia comunitaria. Al bajar del monte con las Tablas de la Ley, Moisés se habrá convertido en el primer “inspirado de Dios”, que no solo ha escuchado la voz del creador sino que además la ha inscripto. En tal sentido, el profeta (voz derivada de *phemí*, “yo digo”) continúa la creación comenzada por Dios a partir de la palabra, transfigurándose en el Moisés-poeta (voz derivada de *poiéo*, “yo hago”) ⁽⁵⁾. Es, por tanto, el “que dice”, y “el que hace” del decir una escritura conscientemente dirigida a todos los hombres y para todos los tiempos.

En este Moisés-personaje, re-creado por Aleixandre, se destaca no tanto lo religioso sino más bien un símbolo de cómo el autor concibe al poeta en su relación con la creación y con el mundo: médium o escriba de la sabiduría celeste, vaso comunicante que une a la creación con su criatura.

Continuando con la segunda estrofa, dice: “*Cada hombre puede ser aquél/ y mover la palabra y alzar los brazos/ y sentir como barre la luz de su rostro,/ el polvo viejo de los caminos*”. La facultad a la que se alude en esa imagen, desmitificadora en tanto no se adjudica al profeta-poeta el carácter de “elegido”, es la del lenguaje: “*y mover la palabra*”. Esta es la facultad del poeta por excelencia, trasladar de un lugar a otro, de un mundo a otro, de un hombre a otro hombre, el bien común del

lenguaje que adquiere nueva vida en boca de quien ejerce el decir poético. Lo que diferencia a este hombre, es quizá, ese gesto de alabanza, ese “*alzar los brazos*”, que a su vez implica el desafío de escuchar las “*palabras terribles*”, esas que luego integrará a su propia voz. Este Moisés recibe en su rostro una luz, símbolo del mensaje con el cual “*barrer el polvo viejo de los caminos*”, para erradicar viejas creencias y fundar otras.

Esta misma actitud receptiva, de apertura espiritual, pero en relación con fuerzas de la naturaleza y del cosmos, ya aparecía en Aleixandre más de veinte años antes, en el mencionado texto de *El poeta*: “*Para ti, que conoces cómo la piedra canta (...) para ti, poeta, que sentiste en tu aliento/ la embestida brutal de las aves celestes*”. El canto que el poeta “conoce”, como un sabio augur de las fuerzas naturales (piedra, aves) es, ahora, el soporte (Tablas de la Ley) en el cual Moisés inscribe la palabra que viene de lo alto (Dios). Quien escribe está situado en la misma altura de donde alguna vez provino “*la embestida brutal de las aves celestes*”, embestida con la cual el poeta forjará su palabra. La sabiduría de este Moisés-viejo, que Aleixandre delinea en su propia vejez, y la intuición cósmica de aquel poeta a quien cantara años antes, se yuxtaponen así de un poema a otro, de un tiempo a otro, conformando una misma actitud: la de receptionar una fuerza que los trasciende, la de inscribir una palabra que los arrebata.

Si bien sabemos por testimonio de J. L. Cano de 1972, que Aleixandre había dejado de lado, sin culpas, cualquier tipo de preocupación religiosa, declarándose no ateo, pero sí agnóstico⁽⁶⁾, es factible adjudicar a su poética la creencia de que “*el hombre es el ser que padece su propia trascendencia*”, según pensamiento tomado de la escritora española María Zambrano.

Por otra parte, la “altura” referida, semiotiza también el vértice de una pirámide que representa el punto culminante de la vida, la vejez aludida desde el título. Se hace evidente la categoría opositiva que estructura la primera sección del libro a la que pertenece el texto, donde se contraponen el universo de los jóvenes y el universo de los viejos. Esa altura permite ver más claramente el camino, permite ver el pasado (“*Mira hacia atrás: el alba*”), y también el futuro inmediato (“*Adelante: más sombras*”). Las sombras de la muerte están ahora “adelante”, donde antes, en el pasado de la juventud, estaba la luz del futuro. Este trastocamiento temporal se confirma ante la exclamación nostálgica “*¡Y apuntaban las luces!*”. Pero será en este consumirse del ciclo vital del viejo, donde, paradójicamente, se consuma el canto: “*agita los brazos y proclama la vida, / desde su muerte a solas*”. Similar actitud aparece en el texto de *Sombra del Paraíso*, cuando, tensado como una cuerda

sobre el arco de la vida, el poeta toca, a solas con la luna, el misterio: “y mira a la luz cara a cara, apoyada la cabeza en la roca,/ mientras tus pies remotísimos sienten el beso postrero del poniente/ y tus manos alzadas tocan dulce la luna”.

Exactamente en la mitad del poema, que tiene 21 versos, se produce la declinación: “*Porque como Moisés, muere*”. En la forma de morir del personaje es donde puede visualizarse otra de las correspondencias entre “el viejo” y “el poeta”: la vertiente visionaria, que implica una forma de consumir la poesía y la vida misma. Del morir de su Moisés, dice: “*No con las tablas vanas y el punzón, y el rayo en las alturas,/ sino rotos los textos en la tierra, ardidos/ los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,/ y aún aliento en los ojos, y en el pulmón la llama,/ y en la boca la luz*”. Las dos primeras imágenes de fuego dan idea de la destrucción física (ardidos cabellos, oídos quemados) provocada por las “*terribles palabras*”, mientras las siguientes (aliento en los ojos, llama en el pulmón, luz en la boca) parecen culminar, en su luminosidad vital, en un acto de purificación o éxtasis. En ambas direcciones, aparentemente opuestas, la muerte física y el acto de proferir la palabra, vuelven a re-encontrarse con el doble significado de la consumación.

La valoración de la palabra poética, hereditaria de la profecía, se sitúa aquí atravesando el ego de la figura pública o laureada del poeta. La verdadera consumación de la poesía parece radicar, para Aleixandre, en lo que las palabras puedan sembrar entre los hombres (“*los textos rotos en la tierra*”), lo que de esas palabras queda, ardiendo doblemente, en el espacio común, territorializado, y en el cuerpo propio. Aleixandre toma distancia de la vanidad engañosa, autorreferencial, de quien inscribe “*las tablas vanas*” con “*el punzón*”, así como del grandilocuente mito del profeta inspirado por “*el rayo en las alturas*”. No se trata de la negación de la escritura, ni de la inspiración, sino de trascender el fetiche cultural que sirve de soporte a la palabra, en este caso, las tablas, el libro, acaso aquello que dejará de ser poesía, para pasar a ser otra cosa, religión, dogma o mitificación del “yo”, que vacía de contenido a las palabras mismas en su fuerza originaria. En esta concepción, la palabra poética adquiere un valor de proyección visionaria, se mueve de un cuerpo (divino o celeste) a otro cuerpo (humano o terrestre) y, lo que importa, es la permanencia de ese fluido, de ese movimiento resultante, algo que trasciende incluso a quien pronuncia la palabra, en tanto no es de su exclusiva pertenencia. En esa línea interpretativa podría señalarse que Aleixandre ha decantado su juvenil experiencia surrealista, para quedarse con una de las más arraigadas esencias de dicha revolución

(ética y estética), que es la de secularizar definitivamente el contacto del hombre, del artista, con lo oculto, lo invisible, lo inconsciente, lo que proviene del otro lado de las cosas, en fin, lo visionario, antes solo adjudicable a algunos elegidos.

Al respecto de la desconstrucción de la cultura del libro como fetiche que sustituye o cosifica, la libertad del envío poético, en el texto “El Poeta”, Alexandre es aún más explícito. Dice: “*Sí, poeta, arroja este libro que pretende encerrar en sus páginas un destello del sol*”. Dicho poema finaliza además con una imagen de liberación cósmica “*y tu cabellera colgante deja estela en los astros*”. Esta simbiosis del cuerpo propio, lo alado de la cabellera, con la “*estela de los astros*”, se vuelve más terrestre, o humana si se quiere, en el final del poema que nos ocupa. Lo que queda de este Moisés-viejo, a quien, para morir, solo le basta un ocaso, está en el paisaje humano que proseguirá bullente y siempre renovado tras su personal desaparición física. Así dice: “*Un hormigear de juventudes, esperanzas, voces./ Y allá la sucesión, la tierra: el límite./ Lo que verán los otros*”. En este caso el legado del poeta no está ya en lo cósmico, en los astros, sino en quienes proseguirán en el mundo, en las futuras generaciones que “verán”, a lo largo de la historia, y de sus propias vidas, esto que él ha dejado para ser visto. Importa señalar que el autor dice “*Lo que verán otros*”, y no lo que leerán, reafirmando, de esta manera, el sesgo que define su impronta visionaria, como un acto de revelación que no se reduce a un solo individuo, sino que, como ya lo ha dicho, alcanza potencialmente a “*cada hombre (que) puede ser aquél*”, Moisés en lo alto del monte. Será ese “*hormigear de juventudes, esperanzas, voces*” el espejo donde sus palabras puedan volver a consumarse, una y otra vez, donde vuelva a “*darse cumplimiento a ese contrato*”, perfecto en su complicidad, entre las criaturas que participan del lenguaje poético, de un lado y otro de la creación. Desde la palabra que consume el cuerpo de quien escucha y escribe (*caballos ardidos, oídos quemados*) hasta el cuerpo de la escritura que se consume para ser repartido entre quienes poblarán la tierra; una tierra que siempre será, acaso, la tierra prometida, la utópica, incanjeable, tierra del espíritu, que con la luz en la boca, la palabra alienta.

- 1) Cano, José Luis, *Los cuadernos de Velintonia, Conversaciones con Vicente Aleixandre (1951-1984)*, Seix Barral, Barcelona, 1986.
- 2) Bousoño, Carlos, *La poesía de Vicente Aleixandre*, Gredos, Madrid, 3ª ed.1977.
- 3) Bousoño, Carlos, op. cit., pág.96.
- 4) Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa Calpe 21ªed., España,1992.
- 5) Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la Lengua Castellana*, Gredos 3ªed., Madrid, 1973.
- 6) Cano, José Luis, op. cit., pág. 199.

Las citas de poemas de Vicente Aleixandre fueron consultadas en Vicente Aleixandre, *Antología Total*, Seix Barral 2ª ed., Barcelona, 1977.